

EL NIHILISMO COMO ENCRUCIJADA: UN COMENTARIO A LOS ÚLTIMOS LIBROS DE DIEGO SÁNCHEZ MECA

El nihilismo (Perspectivas sobre la historia espiritual de Europa), Madrid. Síntesis, 2004. ISBN: 84-9756-227-5.

Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo, Madrid. Tecnos, 2005. ISBN: 84-309-4212-2. 408 p.

La filosofía consiste, entre otras cosas, desde luego, en una peculiar actividad de ‘diagnóstico’ referida al mundo contemporáneo y sus fenómenos propios. Un diagnóstico encargado, por un lado, de localizar sus ‘males’ y, por otro lado, de buscar su posible ‘curación’.

En sus dos últimos libros, Diego Sánchez Meca, moviéndose dentro de la concepción de la filosofía que acabamos de señalar, ha acertado a poner sobre el tapete, con rigor y versatilidad, la compleja y recurrente cuestión del ‘nihilismo’, ese proceso ambivalente que afecta al conjunto del mundo en que habitamos, desde la ciencia hasta el arte o la religión, pasando por la moral y la política².

Poner el acento, a la hora de hacerse cargo a fondo de nuestra situación y sus problemas, en el nihilismo como rasgo epocal significa, de un modo u otro, habérselas con Nietzsche pues fue él, con su proverbial perspicacia, el primero en haber llamado la atención sobre los efectos de su ‘llegada’. Contando, de todas maneras, con que ya el Romanticismo había alertado sobre las numerosas sombras que se ciernen sobre el optimismo progresista de las ‘luces’ de la Ilustración³.

El nihilismo, tal y como lo explicita Nietzsche y nos recuerda con todo detalle Diego Sánchez Meca, no es solamente una ‘doctrina’ sino, sobre todo, un proceso histórico que poco a poco, como un virus, ha ido infectando enormes parcelas del mundo moderno hasta dejar en ellas marcas indelebles⁴. Dicho en síntesis el nihi-

¹ Reconocemos la gran generosidad intelectual del autor que, desplegando horizontes posibles de lectura, nos participa de una extensa bibliografía recapitulada a través de años de investigación; material que ahondando en diferentes perspectivas de investigación, señalan a su vez las posibles extensiones de las mismas, como aquellos campos que aún quedan por abordar.

² El nexo, no muy estudiado, entre nihilismo y política, es tratado principalmente en los dos últimos capítulos de *El nihilismo*, titulados, respectivamente, ‘El fin de las teleologías hegemónicas’ y ‘La desmitificación del poder’. El apartado ‘El Estado ‘monstruo’ y la esclerosis de la política’ de *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo* contiene también interesantes observaciones sobre el tema.

³ El capítulo segundo de la primera parte de *El nihilismo* indaga, a partir de la referencia a Friedrich Schlegel, en esta dirección.

⁴ Puede leerse, a título de ejemplo, la enumeración de las páginas 377-378 de *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo*.

lismo consiste en que los Valores Supremos –y el lugar que ocupan- sobre los que se ha erigido la civilización occidental repentinamente, aunque como resultado de un largo viaje, pierden todo su valor y dejan de actuar como pautas orientadoras del conjunto de la cultura. Con la ‘muerte de Dios’, otra manera de expresar esto mismo, los grandes ideales se desmoronan provocando la deriva y el desconcierto que caracteriza a buena parte de los fenómenos contemporáneos (‘progresamos’ continuamente, pero sin saber hacia dónde etc)⁵.

Desde luego, como buen ‘médico’, Nietzsche no se limita a constatar una enfermedad sino que busca, para empezar, qué es lo que la ha desencadenado. Su ‘genealogía’ del nihilismo defiende que su origen se encuentra en las capas profundas de nuestra cultura occidental: en la ‘metafísica’ (considerada, desde luego, como algo más que una ‘doctrina’), en la conjunción del platonismo con el cristianismo⁶. La tesis de Nietzsche puede parecer paradójica: lo que ha conducido al nihilismo que va impregnando la era moderna ha sido la aspiración a una Verdad, un Bien y una Belleza absolutos y trascendentes, únicos e inmutables; es decir, a la ‘voluntad de Nada’ (a la ‘era del vacío’, por decirlo con Lipovetsky) nos ha llevado la desmesurada ‘voluntad de Todo’, al escepticismo nihilista, a fin de cuentas, hemos llegado desde el dogmatismo metafísico.

En este contexto, y con una minuciosidad poco habitual, Diego Sánchez Meca a partir del hilo conductor del nexo indisoluble entre el ‘cuerpo’ y la ‘cultura’ ha reconstruido, anudando una enorme cantidad de textos, lo que cabe llamar la ‘teoría nietzscheana de la experiencia’. Gracias a este esfuerzo –nada pequeño, pues Nietzsche se expresa a partir de unos recursos tomados de la fisiología, la psicología y la filología que no ponen nada fácil el asunto de su encaje- los conceptos de lo dionisiaco y lo apolíneo, del superhombre, de la voluntad de poder o del eterno retorno etc. ganan una concreción ausente en otras exégesis del pensador alemán. Y sin esa concreción mal se entendería en su raíz la explicación de Nietzsche de la metafísica como fruto de una vida descendente, resentida, paralizada por el dolor y atormentada por la culpa, incapaz de elevarse y crear ‘valores’ que expresen y refuercen su propia vitalidad, incapaz de plasmar en el devenir la ‘eternidad’ sin que éste, sin embargo, resulte en modo alguno negado o eliminado.

Pero no ha sido Nietzsche el único pensador relevante que ha intentado mirar de frente al monstruo turbulento y feroz del nihilismo. En el siglo XX Martin Heidegger ha abordado, a su modo, y en la época de la Segunda Guerra Mundial, esté

⁵ Escribe el profesor Sánchez Meca: «En la cultura cristiana europea, el centro de gravedad lo constituía la idea de Dios, fundamento último del idealismo metafísico y moral y de todas las interpretaciones, creencias, valores y creaciones que daban contenido a esa cultura. De ahí que, cuando ese Dios ‘muere’, es decir, cuando pierde su vigencia y credibilidad por el efecto corrosivo del escepticismo por el que esta cultura ha descubierto ella misma su intrínseco nihilismo, la reacción generalizada sea la de una gran conmoción y un sentimiento de desorientación», *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo*, p. 295.

⁶ Ver, por ejemplo, pg. 104 de *El nihilismo*, o, también, pp. 94 y 232 de *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo*.

mismo fenómeno⁷. A su juicio, el principal agente del nihilismo en nuestra época se encuentra en la Técnica, entendida como un dispositivo omnipotente y omniabarcante que pretende ponerlo todo bajo su cálculo y previsión, dominio y control. La grave crisis ecológica resultante de su desarrollo imparabile e ilimitado muestra con evidencia, y por sólo aludir a este ejemplo, que lo que está aquí en juego –en este asunto del ‘nihilismo’– es algo de gran alcance y de enormes consecuencias⁸. Algo que exige y reclama nuestros mejores esfuerzos ‘teóricos’ y ‘prácticos’.

Como bien nos hace ver Diego Sánchez Meca más acá de sus diferencias tanto Nietzsche como Heidegger perciben al nihilismo como una ‘encrucijada’⁹: un cruce de caminos con dos grandes alternativas, o perseverar en el nihilismo (en una autodestructiva huida hacia delante) o intentar –por difícil e incluso improbable que sea– encontrar una salida, siempre a partir de la idea de que al nihilismo, como ‘enfermedad’ que es, sólo se la puede vencer ‘desde dentro’ y ‘con los pies en el suelo’¹⁰.

A este respecto es notable el análisis que realiza el autor de dos falsas salidas de la seductora trampa del nihilismo: el Romanticismo y el Existencialismo¹¹. Ambos, de un modo u otro, son igualmente incapaces de apuntar vías fructíferas en razón de su profunda ‘nostalgia del Absoluto’. Algo que sin embargo no evita que de ellos se pueda aprender algo muy importante: sólo cabe ‘superar’ el nihilismo si se acepta hasta el final al menos uno de sus lados, el que señala la improcedencia de buscar o pretender la existencia de algún tipo de Mundo Inteligible, trascendente e inmovible (sea al modo de las Ideas platónicas, del Dios de San Agustín, Santo Tomás o Descartes, las formas a priori del Sujeto postuladas por Kant, el Espíritu que regresa a sí mismo en medio de la Historia Universal etc.). La filosofía, y con ella el mundo mismo, debe acostumbrarse a vivir sin apelar a un Fundamento y, a la vez, a no sucumbir a la tentación nihilista que esa negativa puede implicar¹².

⁷ Ver el capítulo cuarto de *El nihilismo*. Por otro lado en el capítulo séptimo de *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo* se discute la controvertida lectura que Heidegger ha desarrollado del pensamiento nietzscheano. ¿Es acertada la consideración de Nietzsche como el que ha llevado a consumación la moderna metafísica del sujeto?

⁸ Es de enorme interés la exposición del pensamiento ‘naturalista’ de Goethe que encontramos en el capítulo primero de *El nihilismo*. El sabio alemán se enfrentó enérgicamente a la concepción ‘mecanicista’ de la Naturaleza propia de la física newtoniana, es decir, a una concepción que encaja a la perfección con la tecnociencia y sus sueños de dominio y previsión de todos sus fenómenos presuntamente encadenados por férreas secuencias de causas y efectos.

⁹ Ver por ejemplo la página 191 de *El nihilismo*.

¹⁰ Es lo que se explica, por ejemplo, en la p. 366 de *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo*.

¹¹ El estudio del Romanticismo se encuentra en la primera parte de *El nihilismo*; por otro lado toda la amplia indagación, en la primera parte de *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo*, del ajuste de cuentas de Nietzsche con sus inspiradores juveniles Wagner y Schopenhauer no deja de ser una recusación del Romanticismo. La discusión, desde esta perspectiva, con el Existencialismo está planteada en el capítulo quinto de *El nihilismo*, concretado en las figuras de Kierkegaard, Berdiaiev y Camus.

¹² Sobre esto resulta de interés el artículo que Diego Sánchez Meca publicó en *Anales del Seminario de Metafísica*, nº 26, 1992, titulado «La crítica hermenéutica al fundacionismo moderno».

Pero ¿cuál es la ‘terapia’ respectiva a la enfermedad nihilista que vislumbran Nietzsche y Heidegger? ¿Cómo señalan que es posible conseguir que el nihilismo remita y sea salvado?

A juicio de Nietzsche lo que nuestra cultura entera necesita es poner en marcha una ‘transvaloración’ –o sea: un nuevo modo de crear y de seleccionar ‘valores’- que tenga como ‘modelo’ la ‘cultura trágica’ de los griegos¹³ o, lo que no deja de ser otra cara de lo mismo, adopte como ‘matriz’ al ‘arte’ concebido como una actividad contra-nihilista por su capacidad de afirmar la vida, de potenciarla e intensificarla¹⁴.

Por su parte Heidegger sólo ve una salida al nihilismo: la que consiste en abandonar la obstinación por los entes –asfixiante en el mundo técnico– remitiéndolos cada vez a aquella instancia desde la que pueden ganar otra figura, o sea, refiriéndolos al ‘ser’, entendido como un ‘Ereignis’, un ‘acontecer’ en el que y por el que el conjunto de los entes reciben, una y otra vez, su articulación y su sentido. Sólo una nueva ‘relación’ de los entes con el ‘ser’ (diferente del ente, inconfundible con su fundamento etc.) puede, tal vez, dar paso a una cultura no nihilista (ajena tanto a la voluntad de Todo como la voluntad de Nada).

Porque consiguen exponer en toda su densidad y complejidad estos temas y cuestiones los dos libros a los que se refiere esta nota constituyen, a nuestro entender, una valiosa contribución a la hora de esclarecer los grandes dilemas del presente. Su lectura es, pues, un apreciable estímulo para adentrarse en un conjunto de fenómenos tan relevantes como difíciles de tematizar más allá de los tópicos simplificadores con los que suelen abordarse.

Alejandro Escudero Pérez
Universidad UNED-Madrid

¹³ Ver, por ejemplo, las páginas 129, 143, 168, 256-258 en *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo*.

¹⁴ Ver, por ejemplo, la p. 333 de *Nietzsche. La experiencia dionisiaca del mundo*.